

ENTRE LOS ÁRBOLES, ISLAS DORMIDAS. VEINTIDÓS POEMAS DE MANUEL SCORZA

Juan Marcelino González Soto

Tengo para mí que cualquier antología poética muestra, más que al poeta, al antólogo. En esta ocasión —lo admito abiertamente y sin ambages— será así. No obstante, también se mostrará al poeta, a un poeta llamado Manuel Scorza (Lima, 1928-Madrid, 1983), cuya obra lírica ha quedado eclipsada detrás o abajo de la brillante y sorprendente prosa de las cinco novelas que conforman el ciclo novelesco *La Guerra Silenciosa*, y por una sexta, que se publica el mismo año de su muerte y con la cual acaso iniciaba un nuevo ciclo narrativo. El poeta llamado Manuel Scorza entrega un total de cuatro poemarios, una arrebata elegía, un canto épico y una estimable gama de poemas sueltos en revistas y periódicos.

La obra lírica que aquí se recoge canta al amor, tanto al vivido como al perdido, y de un modo tan rotundo como enternecido. También presenta un mundo surrealista en que, entre el alborozo y la angustia, conviven barroquismo y una vehemencia encendida. Además, procura inaugurar, con inusitada imaginación, una impensada épica de índole a la vez social e histórica, en la cual confluyen invención y adecuación a los hechos narrados, mientras palpita un inflamado frenesí. Y Manuel Scorza también celebra la amistad, esa forma concreta del amor, capaz de perdurar en el tiempo y por encima de la distancia. Todo ello lo desarrolla con una gran brillantez y con no menos penetrante elocuencia.

Como escribe el también poeta Hildebrando Pérez, «la desbocada fantasía de Manuel Scorza y los desgarradores aullidos del mago en desgracia nos hacen pensar que exorciza su soledad, su rabia, sus celos, sus odios a través de un espejismo vocal: la consagración de la palabra escrita».

Esta breve antología conformada por veintidós poemas pretende mostrar cuánta verdad contienen las palabras de Hildebrando Pérez.

Queda para el final de este pequeño exordio una íntima confesión que debo hacer. He elegido como título de esta antología un endecasílabo robado al poeta, que mínimamente he alterado.

Sé muy bien que Manuel Scorza busca alejarse siempre de los metros clásicos. Sigue una de las líneas abiertas por el gran César Vallejo: la descomposición de las formas, los ritmos y los acentos versales que a América llegan desde la Europa del Renacimiento y siguen llegando en los siglos posteriores. Manuel Scorza huye de los metros clásicos.

Yo me he permitido titular esta selección de poemas con un endecasílabo hurtado al poeta, y en el cual señalo, además, la cesura bien marcada: Entre los árboles, islas dormidas. Él bien sabrá reconocer, saludar con humor y

compartir conmigo el pequeño juego, entre el amor y la ironía, del cual nace y que, finalmente, pretendo.

Juan González Soto,
Burgos (España), 20 de agosto de 2025

Elegía de la ahogada [fragmento]

Hay tardes

en que la espuma es la ventana más triste del poema,
tardes en que frente a los techos ruinosos del arcoíris
quisiéramos que el otoño no llegase
nunca al árbol hirviente cuyo fruto es la lluvia.

Pero todo es triste: Cuando te miro
huyen pájaros salvajes de tu perfil de neblinas.
Todo es triste, y hasta las hojas al caer
salpican el corazón con su verde sombra.

Llueve en el poema, llueve

hasta en los balcones de tu nombre, amada,
y cuál no se sentaría la lluvia hasta en los desvanes
de este domingo gris,
si hay tardes en que mirando
reclinarse en tu pecho la frente pensativa del agua,
al poema cae de golpe
toda la tristeza de los días escritos en la nieve.

Amada, en alguna parte, como entonces,
tu voz será un río que arrastre crepúsculos, estrellas,
y será tarde
un rostro transparente carcomido por las olas,
pero ¿detrás de qué luna, en qué suburbio de hueso
escribir un poema
sin despertar los ruiseñores dormidos debajo de tu sombra,
sin caer a las garras del día ceniciente?
No hay muertos milenarios flotando en la noche,
ni ángeles calcinados por un sol de pena.
Solo queda el dolor de las flores
porque abren invisibles cauces en sus sombras
los ríos que nacen entre el día y la noche,
solo los dedos de la sal de los ahogados
que buscan sollozando una grieta olvidada por Dios
entre la espuma.
Y la soledad, la soledad infinita de las olas.

Litoral de olvido [fragmento]

México, otoño 1951

No sé por qué recuerdo,
allá en la infancia un árbol
solo florece cuando tú lo miras,
es tan triste si supieras: el aguacero
golpea contra el muro de tu amor olvidado;
hoy de pronto he recordado
cierto pueblo pálido que existía en tu voz:
es una calle sucia por los desperdicios del sol moribundo,
pero la recuerdo tanto, si supieras cuánto la recuerdo.
Amigos, amigos, si andando por los muelles
encontráis hierba alrededor de un suave nombre,
acordaos que debe ser
muy dulce una mujer para ahogarse en el rocío.

Escucha: brama el día;
triste es que cave en su infancia un niño
y halle un corredor secreto entre la niebla,
escúchame: cuando pienso en ti
y me acuerdo de los tristes malecones de tu alma
donde aterriza en negras bandadas el otoño,
de pronto, no sé cómo decirlo, el viento, el viento.
Es una noche como te gustaba,
al corazón le duele esta isla caída de su infancia.
¡Ah, yo quisiera para ti un poema donde el rocío
pudiera reclinar la cabeza
fatigada por tantos siglos de desvelo lunar!
¡Oh, el rocío donde pudieras olvidar
que a tu silencio desembocan ríos y cometas olvidados!

El desterrado

Cuando éramos niños,
y los padres
nos negaban diez centavos de fulgor,
a nosotros
nos gustaba desterrarnos a los parques,
para que vieran que hacíamos falta,
y caminaran tras su corazón
hasta volverse más humildes y más pequeños que nosotros.

Entonces era hermoso regresar.

Pero un día
parten de verdad los barcos de juguete,
cruzamos corredores, vergüenzas, años;
y son las tres de la tarde
y el sol no calienta la miseria.
Un impresor misterioso
pone la palabra Tristeza
en la primera plana de todos los periódicos.

Ay, un día caminando comprendemos
que estamos en una cárcel de muros que se alejan...

Y es imposible regresar.

Ustedes, poetas...

Ustedes, poetas, ¿qué creían?
cantaban
bellísimas canciones;
aquí solo se oía
el murmullo amarillo de la fuente;
los poetas cantaban,
enredaderas de estrellas
tejían alrededor de las muchachas,
los poetas decían: las aguas son transparentes
como si debajo alguien agitara candelabros encendidos,
y aquí algo humeaba,
no era nada, era
gente que nadie conocía,
y ustedes, poetas, cantaban.

Era difícil
interrumpir la melodía.
¡Cómo iban los poetas a decir:
no hay patatas,
está sucia mi camisa,
la niña llora por su pan desvencijado,
no tengo para el alquiler,
no puedo,
vuelva a fin de mes!

Ay, poetas,
¿qué harán ahora que las vocales
empiezan a pudrirse en los silabarios?
Un olor negro sube,
bajan los piojos a comernos la cara,
sálenles dientes a las palomas,
cada día nos crecen más los pies.
Ay, poetas,
tumbas estamos,
y hemos de comer solitariamente barbudas aves.

La prisión

¡No puedes salir del jardín
donde mi amor te aprisiona!

Presa estás en mí.
Aunque rompas el vaso,
seguirá inmóvil
la columna perfecta del agua;
aunque no quieras siempre lucirás
esa corona invisible
que lleva toda mujer que a un poeta amó.

Y cuando ya no creas en estas mentiras,
cuando borrado el rostro de nuestra pena
ni tú misma encuentres tus ojos bellísimos
en la máscara que te preparan los años,
a la hora en que regatees en los mercados,
los jóvenes venados vendrán a tu Recuerdo
a beber agua.

Porque puede una mujer
rehusar el rocío encendido del más grande amor,
pero no puede salir del jardín
donde el amor la encierra.

¿Me oyes?
No puedes huir.
Aunque cruces volando los años,
no puedes huir:
yo soy las alas con que huyes de mí.

Música lenta

Para que tú entres,
a veces de tristeza, el corazón se me abre.

Como una puerta tímida,
para que tú entres, el corazón se me abre.

Pero tú no vienes,
no vuelas más sobre los campos.

En vano mi corazón se asoma.
Pasas de largo,
como si el viento
soplase solo para allá.

Pasa la mañana y no viene la tarde.
Y el corazón se me cierra,
como una mano sin nadie, el corazón se me cierra.

Serenata

Íbamos a vivir toda la vida juntos.
Íbamos a morir toda la muerte juntos.
Adiós.

No sé si sabes lo que quiere decir adiós.
Adiós quiere decir ya no mirarse nunca,
vivir entre otras gentes,
reírse de otras cosas,
morirse de otras penas.
Adiós es separarse, ¿entiendes?, separarse,
olvidando, como traje inútil, la juventud.

¡Íbamos a hacer tantas cosas juntos!
Ahora tenemos otras citas.
Estrellas diferentes nos alumbran en noches diferentes.
La lluvia que te moja me deja seco a mí.
Está bien: adiós.
Contra el viento el poeta nada puede.

A la hora en que parten los adioses,
el poeta solo puede pedirle a las golondrinas
que vuelen sin cesar sobre tu sueño.

La lámpara

Como la lámpara olvidada
arde invisible en el día,
así mi corazón se ha consumido
sin que tú lo vieras.

Mas ya pasaron para mí las meses,
y tardos los años,
yo sé que ahora
tus ojos buscan
las huellas bermejas de mi pasión.

Es tarde:
mi corazón calcinado
apenas soporta sus cenizas,
y aunque estás cercana,
y quiero llamarte
mudas están las hogueras
donde antaño ardieron
airadas voces tiernas.
Mi tristeza ya no puede
ni con el peso del rocío.

Es tarde:
la vida se gasta en actos vanos;
todo acaba en fantasma.

Es tarde:
detrás de mis ojos
ya no hay nadie.

El mendigo

El Rey,
incendiado de oro,
sus imperios galopa,
y siente el levísimo crujir de las genuflexiones
a su paso fulgurante.

Vasallos, estandartes,
escuadras, cánticos, rocíos,
le pertenecen.

Todo se le rinde,
menos el amor de la mujer
que, en ese instante,
a los heraldos sonríe, desdeñosa.

El Rey
percibe entonces su miserable esplendor,
y comprende que solo es un Mendigo Resplandeciente.

Vals verde

A Rodolfo Gómez Silva

No viajaremos a extrañas islas,
a países de cabellera incandescente.

No partiremos,
no saldremos de la ciudad ululante.

Bajo los árboles vertiginosos del crepúsculo,
vestidos de viudos, hemos de vernos.

En las estepas de los gentíos
me verás, te veré, nos veremos.

Y me dirás: «hace frío» —en invierno,
y te diré: «hace calor» —en verano.

Y alrededor de nosotros
los recuerdos de pico ensangrentado.

Las hélices amarillas del otoño
degollando pájaros inocentes.

Cierta tarde —cualquier tarde—
en una esquina nos desconoceremos.

Y por calles diferentes
a la vejez nos iremos.

«Desengaños del mago», I

A Jorge Zalamea, in memoriam

Antaño yo vivía en una torre que custodiaban tardes de susurrantes collares.

Yo acechaba a las caravanas que, al caer los crepúsculos, entraban en los patios polvorrientas de azul.

Yo jamás dormía.

Pero tal vez dormí, tal vez soñé que un ruiseñor sediento secaba los mares.

Porque tortugas sospechosas empezaron a seguirme.

Yo tenía diez años y en las tardes miraba flotar en los estanques ciudades de ojos magnéticos.

Cada noche la marea depositaba en los árboles islas dormidas.

En bosques de miel aguardaba a Lucy, la diminuta niña de cuernos relucientes.

Lucy sollozaba por los elefantes enredados en mi barba.

Lucy era una gaviota.

Yo era un cangrejo, un lirio, un árbol relampagueante.

«Desengaños del mago», III

Antaño fui un Mago Melancólico y panteras invulnerables me seguían arropadas en sus sedas.

A mi conjuro brotaron manantiales de rubí.

Poblé los cielos de bondadosos monstruos.

Yo tenía veinte años: el año empezaba.

No temblé cuando la abominable tripulación puso proa al paraíso.

¡Proa al paraíso, charcos de azul!

(«¡Nunca te traicionaré!, ino me rendiré mientras chapoteen las sirenas!» — Mentíale a mi musa).

Yo era inmortal, era divino.

Remonté ríos de erizados dientes.

Era el tiempo maldito de mi generación.

Todavía escucho gritar a los unicornios pisados por la multitud.

Todavía oigo al gentío himplando para que abdice.

Pero yo no cambio de plumaje: me niego a iluminar con mi canto los fétidos establos de la noche.

No más embustes:

Que el Poeta se quite el antifaz y muestre su pico afilado.

Porque rabiosos ejércitos nos buscan.

Mas yo vuelo hacia el futuro, yo anido entre inmortales.

Os prometo que una brisa de alondras refrescará el infierno.

«Desengaños del mago», V

Al salir me derribaron los coletazos del viento enloquecido por los piojos.

Para vivir compuse canciones: la turba me arrojaba oro entre los barrotes.

Ya era tarde.

Enfermé.

Agonicé en los bosques. Mi trono era la luna; mi cetro, el aullido del lobo.

Peinábame el sol, adulábanme sus hipócritas vasallos.

Yo recordaba el pasado, cuando sobre los delfines en las bahías del alba, fuimos horriblemente felices.

Recliné la frente en las catedrales.

Caían las torres envenenadas.

Sangraban los obeliscos.

Al amanecer, me sentí mejor: estaba muerto.

Entonces el mar encaneció, las islas huyeron.

«Déborah», III

A Juan Ríos

Todavía era la noche cuando la Melancolía apareció en lo alto de su torre lívida.

Tú bajaste los ojos.

Peces horrendos surcaron el aire perlados de ira.

Comprendí entonces que ya nunca volverían los días dichosos, las inolvidables tardes idiotas, las felices noches tediosas.

Enloquecido, entreabré las lujosas cortinas del invierno arruinado.

Bajo la luna, jadeantes caimanes de seda nos seguían.

Envejecidos tigres de latón se asomaban a las ventanas, a mirarte, por última vez, con ojos furibundos.

Como quien atraviesa el pasado atravesé la ciudad dormida: roncaban todavía las torres obesas, ahítas de crepúsculo.

Al alba, prodigiosamente cansado, me detuve entre las actinias: cerré los ojos en tenebrosa paz: desde entonces duermo: es raro que lleguen hasta aquí los peces, muy raro que los pacíficos radiolarios disputen por los ojos de las púdicas holoturias.

«Déborah», V

He estado sumergido largos inviernos, he dormido ferozmente bajo los atrios,
delante de mi faz los mendigos celebraron sus misas.

El viento derriba invisibles torreones, el invierno hojea su viejo libro y yo
recuerdo a Déborah.

iOh gentiles espumas, tímidos mares enanos, en vuestros sagrados pechos
recliné mi cornamenta de oro cuando Déborah me amaba!

Era en los desvanes del treceavo mes, era cuando mi corazón pastaba en las
praderas infantiles del mar.

En sueños, escarchado de rabia, miré que el cielo enfermaba y las estrellas
tosían y el sol se cubría de moscas venidas de Oriente.

Oh Déborah: cuando desperté, la corrompida Diosa de Marfil sollozaba; ante los
templos, bajo el sol subterráneo, tu calavera sonreía.

Réquiem para un gentilhombre: Elogio y despedida de Fernando Quíspes Asín
[fragmento]

¡Silencio!
¡Silencio en los patíbulos
adonde esta tarde conducen a los cisnes!
¡Silencio en las planicies
donde los parridas pastan!
¡Silencio en las grutas
donde los pontífices violan gorrones!
¡Silencio en las hogueras
donde las novias queman dinosaurios
y en mis heridas que manan música tristísima!

Ya terminó la batalla
y los margraves miran la luna
con famélicos ojos de coyote:
inútiles fueron sus cotas de espuma
y sus armaduras de pájaro.

¡Silencio! ¡Silencio!

¡Bebed, bebed, oh vencedores,
neblina roja en vuestras copas
y dadme a mí la bondadosa salamandra
que habita en vuestros sueños,
alimentándome de olvido, veneno dulce!
ioh amigo!,
ioh tigre!,
ioh pariente de sirenas!
¡Gentilhombre digno del rocío!
¡Por ti, solo por ti yo no rehúso
la carnívora rosa de los heresiarcas,
los dados del lunático,
ni el yelmo alacrino de Luzbel!
¡Solo por ti!

Silencio! ¡Silencio!

¡Que ni vasallos,
ni príncipes ululen,
ni madres con antorchas
bajo la mar caminen!

¡Silencio! ¡Silencio!

¡Que los profetas

que pastan pirámides
más allá de las ínsulas,
donde empolla
sus funestos huevos el Error,
convoquen a las Razas y anuncien
que mi amigo ya no llora,
ni nieva penumbra,
ni crece en su trono
de maligna pedrería!

¡Silencio! ¡Silencio!

No es triste su rostro
cuando al embarcadero
con pausada elegancia,
sereno, se encamina:
poco a poco
se sumerge en la luna
y se aleja bogando,
mientras a lo lejos,
bajo tormentas de rubí
heridas cordilleras se desangran.

¡Silencio!
¡Silencio para siempre!
¡Silencio ante las ruinas humeantes de la alondra!

A los treinta días de su muerte, el 4 de septiembre de 1962

Cantar de Túpac Amaru, VIII

Cuando los Nobles supieron que el pueblo arreaba un rebaño de meteoros por la nieve, se calzaron de huracán para la Cólera.

«El Señor, Nuestro Dios,
inspiró a un hombre a descubrir las refulgentes Indias.
En la proa de su locura se cubrió con las bubes del sueño;
los Reyes, nuestros amos, mandaron cargarlo de cadenas.

Un relampagueante Papa,
cien labrados arzobispos, mil repujados obispos
se repartieron estos reinos.
Somos los Señores;
por nuestros anillos pasan temblando los planetas,
somos Señores de las Tierras y las Aguas.
¡Muerte a los que se rebelan contra Nos!
Segad las tardes.
Volcad los lagos.
Talad las aguas.
Lapidad la luz.
Muerte, muerte, muerte.

Ni la aurora que conoce los yacimientos del rocío,
ni el mediodía que engorda bajo los aleros,
ni los ventanales del crepúsculo,
se libren del coletazo de nuestra ira.
Sombra, sombra, sombra.»

Cantar de Túpac Amaru, XXI

«Aunque te cubran la cara de sangre,
Di que llueven granadas.
¡Alegría!
Aunque te lluevan piedras,
Di que graniza.
¡Alegría, alegría!»

(Anónimo quechua)

Un año duró la pelea.
Un año de mil meses combatieron.

Cien mil sacaron la lengua.
Cien mil se balancearon de las vigas.

Honor al valiente y al cobarde,
honor al hermoso que se disputan las hembras, honor al contrahecho solo
amado por su madre.
A la hora de morir todos fueron iguales.
Honor al que tumba árboles con su abrazo y al que tiembla ante los insultos de
los tordos.
Igual pesaron en los platillos de la muerte.
No tenían lanzas, ni espadas, ni estandartes.
Todos los Reyes,
todos los Papas,
todos los Magantes
avanzaban contra ellos.
No temblaron.

Un año duró la pelea.
Un año de mil meses combatieron.

Que sobre sus sombras rotas,
sobre sus sonrisas quemadas,
sobre sus sueños volcados,
sobre sus nombres pisoteados,
monten guardia hasta la última generación los arco iris.
Fueron derrotados, no vencidos.
Ni con espada, ni con cadena, obtiene el hombre victoria.
Sobre las ruinas siempre avanza el alba con banderas.

Eva

Entre las doncellas que pastan
en los patios del Sosfista ninguna más hermosa
que Eva,
Eva, la del cuello especialmente creado
para ramonear hierba en otros planetas.

Eva,

ahora solo eres un agujero donde el zorro
esconde sus tesoros epilépticos.

Eva,

ahora por tu anillo
Pasaban, tiritando, el falo erecto, los planetas
iracundos.

Eva y yo a picotazos disputábamos
los gusanillos de los años.
Ustedes son jóvenes,
ustedes nunca sabrán cómo era este
poblado en el tiempo en que la ciudad vivía
colgada del rabo de los purísimos mandriles.

La corniveleta muchacha llegaba.
Hervía la ciudad.
En los billares pastan las calumnias,
en los circos cacarea la arena.
Me saltan las lágrimas cuando el Dandy
me conduce a los balnearios donde Eva
los obeliscos de muestra pasión empollaba.

Por las playas buscábamos delirios, quizá estrellas,
megaterios.
Decenios recorrimos las arenas
hasta reconocer tus ojos en una malagua.

Eva: tu belleza ofendió a las matronas.

El Inquisidor mandó desnudarte: en tus senos
los alguaciles descubrieron huellas de los mordiscos
del Giboso.

El gentío aulló: esa misma tarde te condujeron
a la hoguera.

Desde entonces ardes
y a veces en las noches me despiertan
los chillidos de tu calavera azul.

El centelleante pájaro de amor

Mitad nieve, mitad arena era la sala.
Antes de cruzarla se secaban los mares,
los mismos desiertos se sentaban
con la cabeza entre las manos.
Quise salir: no se podía.
¡Había que bailar con Mandragora!
No era fácil hallarla:
habitaba en las selvas,
vivía bajo lagos perpetuamente cubiertos
de hueso.
Años tardaban en vestirla,
decenios en remolcarla;
Mandrágora era caprichosa;
si en el camino descubría helechos,
no vacilaba en lanzarse a las aguas,
sin importarle cuántos países pisoteara.
¡Había que soportarla!
Y empezó la fiesta.
Sacaron a los músicos
de sus sarcófagos;
el frenesí empapaba
la quijada de los palacios,
bailando cruzamos salas
atravesamos galerías,
arcadas de nieve,
países de cuero
amamantados por la luna.
Y la música seguía.
¡Qué dichosa era la novia!
Me arrancaba los cabellos,
sacaba mi rostro a cucharadas.
Y el vals no terminaba.
Encanecían las ciudades,
cojeaban las torres,
tosía la noche,
el vals no terminaba;
la orquesta desfallecía,
vacilaban las trompetas,
engordaban los saxos,
la peste diezmaba los tambores,
y la música seguía.

El campo en primavera

Pasados unos milenios el reo abre los ojos.
Ha envejecido.
Por su aspecto
semeja una banda de pirámides epilépticas.
5 Para defenderse de los eclipses
solo dispone de su pico.
Vaga por las ramblas;
en su caminata encuentra jóvenes humeantes,
adolescentes derribados por el fuego antiaéreo.
10 En las esquinas estúpidamente profetiza
el pasado,
solicita tazas llenas de relámpagos.
Mil cuatrocientos años después demanda un destino.
La súplica es aprobada.
15 Pasa cincuenta mil años en el vientre
de su novia,
una mañana entre las vendas, oye pájaros.
Es el atardecer:
quiebra su huevo,
20 atraviesa la floresta de sus crímenes,
desciende la escalinata,
el parque conduce a un verano, a una vida anterior.

Lamentando que Hans Magnus Enzensberger no esté en Collobrières
[fragmento]

La palabra
es un torreón
desde donde se vigila
tenazmente la noche
y entre tanto llega la hora del combate,
como en todas las guarniciones
jugamos naipes, bebemos, fornicamos, nos reímos a gritos del frío
que un día entrará por esa puerta agitando su bastón de mariscal.
Hoy caminaremos por el bosque, buscaremos una guitarra, nos bañaremos en
estanques prohibidos.
La vida es una mierda, la vida es sublime.
Y Cecilia y Sofía lo saben.
Y más que nadie mi hija
que tiene los ojos rasgados.
Los ojos de su bisabuelo mongol que tiritando cruzó
el estrecho de Behring
más que en su iglú
calentándose
con los fuegos que encendían sus juntadores de palabras.
¡La palabra!
Eso asombró al gran Atahualpa.
Cuando Hernando de Soto se le abalanzó al galope y detuvo su caballo a un
metro de su sagrada persona, el Divino no se movió
y luego mandó ahorcar
a los cobardes que del prodigioso monstruo escaparon
como plumas de gallina
pero cuando conoció los libros,
«los papeles que hablaban»
desfalleció.
Lástima, Hans Magnus,
que no estés con nosotros
mordiendo no duraznos sino enigmas,
o recorriendo
tu infancia
o mi infancia
o simplemente oyendo el viento
el viento que se llevará las murallas, los hombres, las bestias, las palabras, los
sueños.

Tabla de poemas y procedencia de los mismos

- «Elegía de la ahogada» [fragmento], *Letras Peruanas. Revista de Humanidades*, año I, núm. 4, diciembre de 1951.
- «Litoral de olvido» [fragmento], *Juegos Florales del IV centenario de la UNAM*, número de febrero-marzo de 1952.
- «El desterrado», *Las imprecaciones*, México, Colección El Viento del Pueblo, 1955.
- «Ustedes poetas...», *Las imprecaciones* (1955).
- «La prisión», *Los adioses*, Lima, Imprenta Torres Aguirre, Colección El Centauro, 1960.
- «Música lenta», *Los adioses* (1960).
- «Serenata», *Los adioses* (1960).
- «La lámpara», *Los adioses* (1960).
- «El mendigo», *Los adioses* (1960).
- «Vals verde», *Desengaños del mago*, Lima, Festivales del Libro, Industrial Gráfica, 1961.
- «Desengaños del mago», I, *Desengaños del mago* (1961).
- «Desengaños del mago», III, *Desengaños del mago* (1961).
- «Desengaños del mago», V, *Desengaños del mago* (1961).
- «Déborah», III, *Desengaños del mago* (1961).
- «Déborah», V, *Desengaños del mago* (1961).
- Réquiem para un gentilhombre: Elogio y despedida de Fernando Quísppez Asín* [fragmento], Lima, Colección El Neblí, 1962.
- Cantar de Túpac Amaru, VIII, *Cantuta*, número 2, 1969, 200-201.
- Cantar de Túpac Amaru, XXI, *Cantuta* (1969), 207.
- «Eva», El vals de los reptiles, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Colección Poemas y Ensayos, 1970.
- «El ájaro centelleante pde amor», *El vals de los reptiles* (1970).
- «El campo en primavera», *El vals de los reptiles* (1970).
- «Lamentando que Hans Magnus Enzensberger no esté en Collobrières» [fragmento], *Crisis*, año I, número 12, abril de 1974, 42-43.